

peranza de toda mejora política, Dios, su ley; y la razon, su ley innata.

21 de Julio, 1832.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer; — la espuma le cubre todavía como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera, — ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva. — Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves, poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1832. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula, pero el aspecto es triste y esteril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta. — El consul de Francia, M. Miede, noticia nuestra llegada al gobernador sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. — Es un

domingo. — El sol ardiente del día se ha puesto en el fondo de una estrecha y serena ensenada del golfo que está detrás de la proa de nuestro buque; el mar está allí, liso y brillante, ligeramente aplomado, en un todo semejante á cobre recién estañado. — El cielo, en el cenit, ofrece un matiz anaranjado, que tira un poco á rosa. — A medida que se eleva sobre nuestras cabezas y se aleja del occidente se va descolorando; en el oriente es de un azul gris y pálido, y no recuerda ya el esplendente azur del golfo de Nápoles, — ó la negra profundidad del firmamento encima de los Alpes de la Saboya. — La tinta del cielo africano participa de la abrasante atmósfera y de la rígida severidad de aquel continente; la reverberacion de aquellas peladas montañas impregna el firmamento de sequia y de calor, y el polvo inflamado de aquellos desiertos de árida arena parece que se mezcla al aire que la rodea, y que empaña la bóveda de aquella tierra. — Nuestros remeros nos llevan lentamente á algunas toesas de la orilla. — La orilla baja y lisa de un arenal que va á morir á algunas pulgadas sobre el mar está cubierta, por espacio de media milla, de una hilera de casas que se tocan unas á otras, y parece que se han acercado lo mas posible á las olas para respirar su frescura y oír su murmullo. Hé aquí una de

esas casas, y una de las escenas que vemos repetidas en cada portal, en cada azotea, en cada balcon. — Multiplicando esta escena y esta vista por quinientas ó seiscientas casas semejantes, se tendrá un recuerdo exacto de aquel paisage, único para un Europeo que no conoce á Sevilla, Córdoba ó Granada, recuerdo que se debe grabar en la mente todo entero y con sus pormenores de costumbres para volverle á hallar una vez en la sombría é insulsa uniformidad de nuestros pueblos de Occidente. Estos recuerdos hallados en la memoria durante nuestros días y nuestros meses de nieve, niebla y lluvia, son como una lontananza sobre el cielo sereno durante una larga tempestad. — Un poco de sol en los ojos, un poco de amor en el corazón, un rayo de fe ó de verdad en el alma, todo es una misma cosa. — Yo no puedo vivir sin estos tres consuelos del destierro en este mundo. — Mis ojos son del Oriente, mi alma es amor, y mi entendimiento es de los que llevan en sí un instinto de luz, una coincidencia irreflexionada que no se prueba, pero que no engaña y que consuela. Hé aquí, pues, el paisage.

Luz dorada, blanda y serena, como la que sale de los ojos y del semblante de una virgen, antes de que el amor haya grabado un pliegue sobre su frente, echado una sombra sobre sus ojos. — Esa luz, estendida igualmente sobre el agua, so-

bre la tierra, en el cielo, hiere la piedra blanca y amarilla de las casas, y deja todos los dibujos de las cornisas, todos los lados de los ángulos, todas las balaustradas de las azoteas, todas las molduras de los balcones, articulados, firmes y limpios sobre el horizonte azul, bajo aquel temblor aereo, bajo aquella incierta y brumosa vaguedad de que nuestro occidente ha hecho una belleza para sus artes, no pudiendo corregir ese vicio de su clima. — Esa cualidad del aire, ese color blanco, amarillo, dorado de la piedra, ese vigor de los contornos, da al menor edificio del medio día una firmeza y un lustre que tranquilizan y hieren agradablemente la vista. — Cada casa parece no haber sido construida piedra á piedra, con argamasa y arena, sino haber sido esculpida entera y en pie en la peña viva, y estar asentada sobre la tierra, como una roca salida de su seno y tan duradera como el mismo suelo. — Dos anchas y elegantes pilastras se alzan á ambos ángulos de la fachada, solo hasta la altura de piso y medio; allí una elegante cornisa, esculpida en la brillante piedra, las corona y sirve de base á una rica y maciza balaustrada, que se estiende en toda la longitud del remate, y reemplaza esos tejados chatos, irregulares, puntiagudos, estravagantes que deshonran toda arquitectura, que rompen toda línea armoniosa con el horizonte

en nuestros hacinamientos de estraños edificios, que llamamos ciudades en Alemania, en Inglaterra y en Francia. — Entre esas dos anchas pilastras, que salen algunas pulgadas delante de la fachada, solo hay tres aberturas dispuestas por el arquitecto, una puerta y dos ventanas. — La puerta, alta y en arco de medio punto, no tiene su umbral sobre la calle, sino que se abre sobre una escalinata exterior, que sale sobre el malecon unos siete ú ocho pies. Esa escalinata, rodeada de una balaustrada de piedra tallada, sirve de salon exterior lo mismo que de ingreso á la casa. — Describamos una de estas escalinatas y las habremos descrito todas. — Uno ó dos hombres, en chaqueta blanca, de tez morena y ojos africanos, con una larga pipa en la mano, están tendidos indolentemente sobre un divan de junco, al lado de la puerta: delante de ellos, graciosamente asomadas á la balaustrada, tres mujeres, en diferentes actitudes, miran silenciosamente pasar nuestra lancha, ó sonrien entre sí de nuestro aspecto estrangero. — Un vestido negro que no baja mas que hasta la mitad de la pierna, un corpiño blanco con anchas mangas plegadas y flotantes, un gran rodete de negro cabello, y por cima de los hombros y de la cabeza, una capita de seda negra, semejante al vestido, que tapa la mitad de la cara, uno de los hombros y

uno de los brazos que retiene la capita; esta, que es de un tegido ligero, inflada por la brisa, se dibuja en la forma de una vela hinchada sobre un esquife, y en sus caprichosos pliegues, unas veces oculta, otras descubre el rostro misterioso que rodea. — Unas levantan graciosamente la cabeza para conversar con otras muchachas que estan asomadas al balcon superior y les tiran granadas ó naranjas; otras hablan con mancebos de largo bigote, de negra y poblada cabellera, en chaquetita corta y ceñida, con pantalon blanco y faja encarnada. — Sentados en el pretil de la escalinata, dos jóvenes abates, con casaca negra y zapato de hevilla de plata, departen familiarmente, y juegan con anchos abanicos verdes, mientras que al pie de las últimas gradas, un hermoso fraile mendicante, descalzo, la frente pálida, calva y despejada, rodeado el cuerpo con los pesados pliegues de su hábito pardo, se apoya como una estatua de la mendicidad en el dintel del hombre rico y feliz, y mira con ojos de desprendimiento é indiferencia aquel espectáculo de ventura, de bienestar y de alegría. — En el piso superior, se ve en un espacioso balcon, sostenido por hermosas cariátides y coronado por una *viranda* india guarnecida de colgaduras y de flecos, una familia de Ingleses, felices é impasibles conquistadores de la Malta actual. — Allí,

algunas nodrizas moriscas, de llameantes ojos, de tez aplomada y negra, tienen en sus brazos aquellos hermosos niños de la Gran Bretaña cuyos cabellos rubios y rizados, cuyo cutis de nieve y rosa resisten al sol de Calcuta como al de Malta ó Corfú. — Aquellos niños bajo el manto negro y la ardiente mirada de aquellas mugeres semi africanas, parecen hermosos y blancos corderillos colgados de los pezones de las tigres del desierto. — En la azotea, la escena es diferente; los Ingleses y los Malteses se la dividen. — A un lado, se ven algunas muchachas de la isla con la guitarra bajo el brazo, y entonando algunas notas de un antiguo canto nacional, agreste como aquel pais; al otro, una joven y hermosa Inglesa, melancólicamente reclinada sobre su codo, contempla con indiferencia la escena de vida que pasa bajo sus miradas, y recorre las páginas de los inmortales poetas de su patria.

Añádanse á esta vista los caballos árabes montados por los oficiales ingleses, y corriendo, la crin revuelta, sobre la arena del muelle; — los carruages malteses, especies de literas con dos ruedas, tiradas por un solo caballo berberisco que el zagal sigue á pie galopando, ceñida la cintura con una faja encarnada con largas franjas, y cubierta la frente con la redecilla ó el gorro colorado, pendiente hasta la cintura, del arriero Es-

pañol<sup>4</sup>; — la gritería de los muchachos desnudos que se precipitan en el mar y nadan junto á nuestra lancha, los cantos de los Griegos ó de los Sicilianos anclados en el puerto vecino y respondiéndose en coro de un puente de un buque á otro, y las monótonas y saltarinas notas de la guitarra formando como un blando zumbido del aire de la tarde debajo de todos aquellos sonos agudos, y se tendrá una idea de un muelle de la Empsida el domingo por la tarde.



24 de Julio, 1852.

Libre entrada en el puerto de la ciudad Valletta; el gobernador, sir Federico Ponsomby, que ha vuelto de su quinta para agasajarnos, nos recibe en el palacio del Gran Maestre á las dos. — Escelente fisonomía de un honrado inglés: — la probidad es el caracter de esas caras varoniles: — elevacion, gravedad y nobleza, tal es el tipo del verdadero gran señor ingles. Admiramos el palacio; — magnífica y digna sencillez: —

<sup>4</sup> Escusado es advertir la inexactitud de esta comparacion: la redcecilla no se usa ya en España hace medio siglo, y los gorros colorados, pen dientes hasta la cintura, son peculiares de los catalanes.

belleza en el conjunto y en la falta de vanas decoraciones por fuera y por dentro; — espaciosas salas; — largas galerías; — pinturas severas; — escalera ancha, cómoda y sonora; — sala de armas de doscientos pies de longitud, que encierra todas las armaduras de todas las épocas de la historia de la orden de San Juan de Jerusalem. — Biblioteca de 40,000 volúmenes, donde nos recibe el director, el presbítero Bollanti, joven eclesiástico maltes, en un todo semejante á los abates romanos de la rancia escuela; — ojo penetrante y dulce, boca meditativa y sonriente, frente pálida y articulada, lenguaje elegante y compasado, urbanidad sencilla, natural y fina. — Hablamos mucho tiempo, porque esa es la especie de hombres mas propia para una larga y grata conversacion. — Hay en él, como en tantos eclesiásticos apreciables que he hallado en Italia, algo de triste, de indiferente y de resignado, que recuerda la noble resignacion de un poder caído. — Criados entre ruinas, — sobre las ruinas mismas de un monumento derruido, han tomado de ellas la melancolía y la indiferencia de lo presente. — ¿Cómo, le dije, un hombre como vm. soporta el destierro intelectual y la reclusion en que vm. vive en este palacio desierto y entre el polvo de estos libros? — Es verdad, me respondió; vivo solo y triste; el horizonte de esta isla es

muy limitado; el ruido que podria yo hacer aqui con mis escritos no resonaria á mucha distancia, y aun el que otros hombres hacen en otras partes tiene aqui muy poco eco, pero mi alma ve mas allá un horizonte mas libre y mas vasto, adonde mi pensamiento se complace en volar; tenemos un hermoso cielo sobre la cabeza, un aire tibio en derredor de nosotros, un mar dilatado y azul bajo los ojos; esto basta para la vida de los sentidos; en cuanto á la vida de la inteligencia, en ninguna parte es mas intensa que en el silencio y la soledad. — Esta vida asciende así directamente á la fuente de donde emana, á Dios, sin estraviarse y alterarse con el contacto de las cosas y de los cuidados del mundo. — Cuando san Pablo, yendo á llevar la fecunda palabra del cristianismo á las naciones, naufragó en Malta, y pasó aqui tres meses para sembrar el grano de mostaza, no se quejó de su naufragio y de su destierro, que valieron á esta isla el conocimiento precoz del Verbo y de la moral divina, — y ¿me quejaré por ventura, yo, nacido en estas áridas peñas, si el Señor me confina en ellas para conservar su verdad cristiana en los corazones donde tantas verdades están á punto de estinguirse? — Esta vida tiene su poesía, añadió; cuando me desembarace de mis clasificaciones y de mis catálogos, acaso escribiré tambien

esta poesía de la soledad y de la oracion! — Me separé de él con sentimiento y deseo de volverle á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el caracter, toda la gravedad que pueden esperarse de semejante monumento en semejante sitio, — grandeza, nobleza, riqueza; las llaves de Rodas, que se llevaron los caballeros, despues de su derrota, estan suspendidas á ambos lados del altar, símbolo de eterno sentimiento ó de esperanzas para siempre defraudadas. — Bóveda soberbia, pintada toda por el Calabrés; — obra digna de Roma moderna en sus mejores tiempos de la pintura.

— Un solo cuadro me sorprende en la capilla de la Eleccion; — es de Miguel Angel de Caraveggio, á quien los caballeros de su época llamaron á la isla para que pintara la bóveda de San Juan. Emprendióla en efecto, pero pudieron mas la violencia y la irascibilidad de su áspera condicion; — tuvo miedo de una larga obra y se fué, — dejando en Malta su obra maestra, la Degollacion de San Juan Bautista. Si nuestros pintores modernos, que buscan el romanticismo por sistema, en vez de hallarle por naturaleza, viesan este magnífico cuadro, conocerian que su soñada invencion se inventó mucho antes que ellos nacieran. — Hé ahí el fruto nacido en el arbol, y

no el fruto artificial moldado en cera y pintado con falsos colores: — actitudes pintorescas, energía, profundidad de sentimiento, verdad y dignidad reunidas; — vigor de contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza juntamente, tal es el cuadro. — Es uno de los mas bellos que he visto en mi vida. — Es el cuadro que buscan los pintores de la escuela actual. — No busquen mas; ya está hallado. — Nada hay nuevo en la naturaleza ni en las artes; — todo lo que se hace, ha sido ya hecho; — todo lo que se dice, se ha dicho ya; — todo lo que se piensa, ya lo han pensado otros. — Todo siglo es plagario de otro siglo, porque todos, todos sin excepcion, artistas ó pensadores perecederos y fugitivos, copiamos de diferentes maneras un modelo inmutable y eterno, la naturaleza, — ¡ese pensamiento uno y diverso del Criador!...

.....

25 de Julio, 1852.

Desde lo alto del observatorio que señorea el palacio del Gran Maestro, — vista general de las ciudades, puertos y campos de Malta; — tierras peladas, sin forma, sin colores, áridas como el desierto; — ciudad semejante á una concha de

tortuga encallada en la peña; — parece que ha sido labrada en un solo pedazo de roca viva; — escenas de azoteas al anochecer; — mugeres sentadas en esas azoteas. — Así vió David á Betsabé. — Nada mas gracioso ni mas seductor que esas figuras blancas ó negras, semejantes á sombras, apareciendo así á los rayos de la luna sobre los techos de esa muchedumbre de casas. — A las mugeres no se las ve sino allí, en la iglesia ó en los balcones; todo lenguaje está en los ojos; todo amor es un largo misterio que no alteran las palabras: — así se enlaza y se desenlaza sin palabras un largo drama. — Ese silencio, esas apariciones á ciertas horas, esos encuentros en los mismos sitios, esas intimidades á distancia, esas espresiones mudas, son acaso el primero y el mas divino lenguaje del amor, ese sentimiento superior á las palabras y que, como la música, espresa en una lengua aparte lo que ninguna lengua puede espresar.

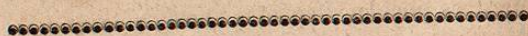
Estos aspectos, estos pensamientos rejuvenecen el alma; ellos hacen conocer el único encanto inagotable que Dios ha derramado sobre la tierra, y lamentar que sean tan rápidas y varias las horas de la vida. Dos solos sentimientos le bastarian al hombre, aun cuando alcanzase la edad de esas peñas del mar, — la contemplacion de Dios y el amor. — El amor y la religion son

los dos pensamientos ó mas bien, el pensamiento uno de los pueblos del mediodia ;— así es que no buscan otra cosa : eso les basta. — Nosotros los compadecemos, cuando deberíamos envidiarlos. — ¿Qué hay de comun entre nuestras pasiones facticias, entre la tumultuosa agitacion de nuestros vanos pensamientos, y esos dos solos pensamientos verdaderos que ocupan la vida de esos hijos del sol :— la religion, y el amor, — una encantando lo presente, otra encantando el porvenir? Así es que siempre he admirado, á pesar de las preocupaciones contrarias, la serenidad profunda y rara vez turbada de las fisonomías meridionales, — y esa espresion de sosiego, de calma, de felicidad estampada en los hábitos y en los semblantes de esa muchedumbre silenciosa que respira, vive, ama y canta... ¡El canto! esa superabundancia de la ventura y de las impresiones en un alma demasiado llena! En Roma, en Nápoles, en Génova, en Malta, en Sicilia, en Grecia, en Jonia, se canta en las playas, sobre las olas, sobre las azoteas; no se oye mas que el lento recitativo del pescador, del marinero, del zagal, ó los vagos zumbidos de la guitarra en las noches serenas. — Esa es la felicidad, dígase lo que se quiera. — Son esclavos, dirán algunos. ¿Y qué saben ellos? ¡Esclavitud ó libertad! ¡Desgracia ó felicidad de convencion! La desgracia ó

la felicidad verdadera están mas cerca de nosotros. ¿Qué les importa á esas pacíficas muchedumbres que respiran la brisa del mar ó se tienden bajo los tibios rayos del sol de Sicilia, de Malta ó del Bósforo, que les haga la ley un sacerdote, un bajá ó un parlamento? ¿Altera eso en algo sus relaciones con la naturaleza, las únicas que los ocupan? No, seguramente: toda sociedad libre ó absoluta se resuelve siempre en servidumbres mas ó menos sentidas. — Nosotros somos esclavos de las leyes variables y caprichosas que nos hacemos, y ellos lo son de la ley inmutable de la fuerza que les hace Dios; — todo esto, para la felicidad ó la desgracia, se reduce á lo mismo; — para la dignidad humana y para el progreso de la inteligencia y de la moral del hombre, — no, — no; y todavía seria preciso examinar bien la cuestion antes de pronunciar este no. — Tomemos á la ventura cien hombres entre esos pueblos esclavos, y ciento entre nuestros pueblos llamados libres, y cotejemos. — ¿Donde se hallan mas ó menos moral y virtudes? — Bien lo sé, pero tiemblo de decirlo. — Si alguno leyese esto despues de mí, me acusaria de parcialidad hácia el despotismo ó de desprecio á la libertad. — ¡Y se engañaria! — Yo amo la libertad como un esfuerzo difícil y ennobecedor para la humanidad, — como amo la



virtud por su mérito y no por su recompensa; pero se trata de felicidad, y en filosofía examino y digo como Montaigne: — ¿*Qué sé yo?* La verdad es que nuestras cuestiones políticas, tan capitales en nuestros liceos, ó en nuestros cafés, ó en nuestros clubs, son muy pequeñas vistas de lejos, en medio del océano, desde la cima de los Alpes, á la altura de la contemplacion filosófica ó religiosa. — Esas cuestiones no interesan mas que á algunos hombres que tienen pan y tiempo de sobra: — la multitud no tiene que ver mas que con la naturaleza: — una buena, hermosa y divina religion, esta es la política al uso de las masas. Este principio de vida falta á la nuestra, y hé aquí porqué tropezamos, caemos, volvemos á caer, no vamos adelante; — el aliento de vida nos falta; creamos formas y el alma no baja á ellas. — ¡Oh Dios mio! volvednos vuestro aliento ó perecemos.



Malta, 28, 29 y 30 de Julio, 1852.

Residencia forzada en Malta á causa de una indisposicion de Julia. Se restablece, y nos decidimos á ir á Esmirna, pasando por Atenas: allí estableceré á mi muger y á mi hija, é iré solo, cru-

zando el Asia menor, á visitar las demas partes del Oriente. Levantamos el ancla, y ya vamos á salir del puerto cuando llega una vela del Archipiélago y anuncia la captura de varios buques por los piratas griegos y la matanza de las tripulaciones. El consul de Francia, M. Miége, nos aconseja que aguardemos algunos dias; el capitán Lyons, de la fragata inglesa *Madagascar*, nos ofrece escoltar nuestro bergantin hasta Nauplia, en Morea, y aun llevarnos á remolque si no puede el bergantin seguir á la fragata, y como acompaña esta oferta con todas las atenciones que pueden realzar su valor, aceptamos, y partimos el miércoles primero de agosto á las ocho de la mañana. Apenas salimos á alta mar, el capitán, cuyo buque vuela y nos deja muy atras, hace cargar las velas y nos aguarda; — nos tira al mar un barril al que está atado un cable; pesamos el barril y el cable, y seguimos, como un caballo de mano, la flotante mole que yende las olas y parece que no se apercibe de nuestro peso.

Yo no conocia al capitán Lyons, comandante hace seis años de uno de los buques del apostadero inglés del Levante; él no me conocia á mí, ni aun de nombre; no me hallé con él en casa alguna en Malta, porque estaba haciendo cuarentena, y sin embargo, hé aquí un oficial de otra